

Primera edición en inglés, 1953
Primera edición en español, 1957
Segunda edición en español, 1962
Tercera edición en español, 1964.

Traducción de
RUBÉN LANDA

La edición original de esta obra fue registrada por Macmillan
and Co., de Londres, con el título *A history of socialist thought.*
The forerunners (1789-1850)

Derechos reservados conforme a la ley
© Fondo de Cultura Económica
Av. de la Universidad, 975 México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

G.D.H. COLE

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

I

Los Precursores
1789 - 1850



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MÉXICO - BUENOS AIRES

solo acudo a los originales en alemán de obras traducidas cuando necesito asegurarme de que la versión de algún pasaje no está equivocada. Tiendo también a tomar mi material alemán mucho más de segunda mano, cuando no existen traducciones, que cuando se trata de obras escritas en inglés o francés; y espero que mis lectores más expertos fácilmente descubrirán esto por sí mismos, aunque espero no haberme dejado extraviar demasiado.

El segundo volumen de esta obra está ya bosquejado a medias. Además de incluir a los precursores rusos omitidos, trata principalmente de las últimas fases del marxismo hasta la aparición de los partidos social-demócratas del último cuarto del siglo XIX, de la Primera Internacional, la Comuna de París y la división de marxistas, anarquistas y de los que, como los fabianos y los laboristas independientes de Inglaterra, no eran ni lo uno ni lo otro, y también del desarrollo de la doctrina social cristiana posterior a 1850 y del movimiento alemán peculiarmente llamado con frecuencia "Socialismo académico" o "Socialismo de cátedra". Menciono estos hechos porque ayudan a explicar la omisión en este volumen de un número de socialistas no rusos, que empezaron a actuar bastante antes de 1850; por ejemplo: Rodbertus, Lasalle y Von Ketteler en Alemania; Collins, Kats y De Kayser en Bélgica, y algunos de los precursores italianos y españoles.

Respecto a este volumen primero debo expresar mi gratitud a varias personas. Sobre todo a mi colega Isaiah Berlin, quien ha leído en pruebas todo el libro y que me ha ayudado a mejorarlo considerablemente de acuerdo con su crítica sagaz y admirable. También debo indicaciones valiosas a mis colegas el Dr. H. G. Schenk y John Plamenatz, que leyeron algunos capítulos y me corrigieron varios pasajes en que me había desorientado. También estoy muy agradecido a mi cuñado Raymond Postgate, así como a mi amigo H. L. Beales por el préstamo de libros, que no me hubiese sido fácil obtener por otro lado; y, como siempre, debo mucho a la incansable ayuda de mi secretaria Rosamund Broadley, quien, milagrosamente, puede entender mi letra y perdonármela.

Con mi cosa estoy tan a menudo en deuda que generalmente acabo por no decir las gracias.

G. D. H. COLE

All Souls College, Oxford
Julio, 1952.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

La imposibilidad de definir el socialismo ha sido puesta de relieve con frecuencia y considerada a veces como un reproche. Pero ni en política ni en moral hay ninguna idea o sistema importante capaz de ser exactamente definido. ¿Quién puede definir satisfactoriamente lo que es la democracia, la libertad, la virtud, la felicidad, el Estado, el individualismo o el socialismo? Lo más que puede intentarse en casos como éstos, con alguna probabilidad de éxito, es descubrir algún núcleo central del significado, que esté, presente con adiciones distintas, en todos o en muchos de los diferentes usos de las palabras de que se trate, pero que, casi seguramente, nunca se encontrará solo, sin alguna adición. El descubrimiento de ese núcleo central no bastará para que comprendamos estas palabras, porque los significados añadidos forman parte no menos esencial de los significados adquiridos. Una palabra significa lo que es costumbre que signifique, o, para fines prácticos, por lo menos, lo que es o ha sido generalmente costumbre que signifique para personas cuyas expresiones debemos tener en cuenta. Sin embargo, si podemos encontrar un núcleo central al significado, estaremos en mejores condiciones para comprender sus diferentes usos, y en la búsqueda de este núcleo es un primer paso valioso averiguar cómo empezó a emplearse la palabra.

No se sabe quién empleó por primera vez los vocablos "socialismo" y "socialista". Hasta donde se sabe, aparecieron impresos por primera vez en italiano en 1803, pero con un sentido que no tiene relación con ninguno de sus significados posteriores. Después no se encuentran huellas de ellos hasta 1897, cuando la palabra "socialista" fue empleada en el owenista *Co-operative Magazine* para designar a los partidarios de las doctrinas cooperativas de Owen. La palabra *socialisme* apareció, que se sepa, por primera vez impresa en el periódico francés *Le Globe* en 1832. Este periódico estaba entonces dirigido por Pierre Leroux, que había hecho de él el órgano principal de los saint-simonianos; y la palabra *socialisme* fue empleada como caracterización de la doctrina saint-simoniana. La palabra se empleó con frecuencia por Leroux y Reynaud durante la década de 1830 en su *Nouvelle Encyclopédie* y en otros escritos,

(1) y pronto llegó a usarse en un sentido más amplio para incluir un número de grupos que aspiraban a alguna clase de orden social nuevo, basado en una concepción económica y social de los derechos humanos. Después, tanto "socialismo" como "socialista" fueron empleados muy a menudo en Francia y en la Gran Bretaña, y pronto pasaron a Alemania, a otros países europeos y, también, a los Estados Unidos. Es muy probable que se emplearan oralmente antes de que las escribieran: las más antiguas acepciones que se conocen no hacen pensar en que se creyese que fueran palabras recientemente acuñadas, aunque acaso lo eran. Eran términos convenientes y muy naturales para describir ciertas actitudes y proyectos de reorganización social para los cuales, hacia la tercera década del siglo XIX, se hizo necesario en el lenguaje corriente una etiqueta de amplia identificación.

(2) Es bastante fácil ver, de un modo general, lo que querían dar a entender con ellas quienes las usaban como lemas clasificadores. Estaban formadas con la palabra "social", y se aplicaban lo mismo a las personas que defendían doctrinas a las que se creía apropiada tal designación, como a las doctrinas profesadas por ellas. En este sentido la palabra "social" contrastaba con la palabra "individual". "Socialistas" eran los que oponiéndose a que se subrayaran en forma predominante las exigencias del individuo, hacían resaltar el elemento social en las relaciones humanas y trataban de poner en primer lugar ese aspecto en el gran debate acerca de los derechos del hombre que desencadenó en el mundo la Revolución Francesa y también la revolución simultánea en el campo económico. Antes de que se llegara a usar la palabra "socialismo", los hombres habían hablado de "sistemas sociales", queriendo decir poco más o menos lo mismo. La palabra "socialistas" denotaba a quienes defendían alguno de los muchos "sistemas sociales" que luchaban entre sí y que coincidían en la hostilidad contra el orden individualista que prevalecía en lo económico, y contra el predominio concedido a las cuestiones políticas sobre las sociales y económicas en las opiniones y actitudes contemporáneas acerca de las relaciones humanas y de la ordenación justa de los asuntos públicos.

Los grupos a los que de este modo se llamó originalmente "socialistas" fueron principalmente tres, aunque hubo muchos grupos menores que representaban tendencias en gran parte similares. En Francia eran los saint-simonianos y los fourieristas, y en la Gran Bretaña los owenianos, que, en 1841, adoptaron oficialmente el nombre de socialistas. Saint-Simon, Fourier y Robert Owen coincidían, a

pesar de sus muchas diferencias, en el punto de vista esencialmente social. Esto era verdad por lo menos en tres sentidos diferentes, aunque relacionados. En primer lugar, los tres consideraban la "cuestión social", con mucho, la más importante de todas, e insistían en que, por encima de todo, la tarea de los hombres de bien era promover la felicidad y el bienestar generales. En segundo término, los tres consideraban esta tarea completamente incompatible con la continuación de cualquier orden social que se basara en una lucha de competencia entre los hombres por obtener los medios de vida, o que la fomentase. En tercer lugar, los tres desconfiaban mucho de la "política" y de los políticos, y creían que la dirección futura de los asuntos sociales deberían ejercerla principalmente no los parlamentos o los ministros, sino "los productores", y que si el aspecto económico y el social de los asuntos humanos pudieran organizarse de manera adecuada, las formas tradicionales del gobierno y de la organización política serían pronto invalidadas, y un mundo nuevo de paz y colaboración internacional reemplazaría al antiguo de los conflictos dinásticos e imperialistas. Esta desconfianza hacia la "política" y esta creencia en que el orden "político" estaba destinado a ser reemplazado pronto por una dirección mejor de los asuntos humanos las compartían, desde luego, muchos pensadores de principios del siglo XIX que no eran socialistas en sentido estricto, como Victor Hugo, por ejemplo. El contraste entre la actitud "política" y la "social" ante los problemas de la humanidad penetra mucho del pensamiento del período que sigue a las guerras napoleónicas.

Dentro de esta coincidencia había diferencias considerables. Los fourieristas y los owenianos eran creadores de comunidades; se propusieron invalidar las sociedades antiguas y cubrir la tierra con una red de comunidades locales fundadas en una base verdaderamente social, y creían que estas nuevas fundaciones podían, sin violencia o revolución, reemplazar las estructuras existentes por el mero efecto de su superioridad para promover el bienestar de los hombres. Por otra parte, los saint-simonianos creían firmemente en las virtudes de una organización y una planificación científica en gran escala, y aspiraban a transformar los Estados nacionales en grandes corporaciones productoras dominadas por hombres de ciencia y de gran capacidad técnica y a enlazar estos Estados regenerados mediante grandes planes de desarrollo económico y social de amplitud mundial. Los owenianos y los fourieristas en su mayor parte evitaban la actividad política en el sentido corriente del término, mientras que los saint-simonianos tendían a apoderarse de los Estados y

gobiernos y a transformarlos de manera conveniente a sus nuevos propósitos.

Asimismo, mientras los discípulos de Fourier pensaban sobre todo en un cultivo intensivo de la tierra y relegaban la industria y el comercio a posiciones inferiores, los owenianos se dieron cuenta de la importancia de la Revolución Industrial y pensaban en una nueva sociedad basada en un equilibrio de la agricultura y la industria, y los saint-simonianos fijaron principalmente la atención en grandes obras de ingeniería (apertura de canales, irrigación, construcción de caminos y ferrocarriles) y en la organización de los bancos y de las finanzas como instrumentos de planificación económica en gran escala.

Había, pues, grandes diferencias, pero el elemento común a las tres doctrinas bastaba, sin embargo, para darles en el lenguaje popular el mismo nombre. Las tres eran enemigas del individualismo, del sistema económico de la competencia y de la idea de que una ley económica natural por sí misma produciría el bien general, sólo con que los políticos se abstuviesen de seguir regulando los problemas económicos a la vez que reforzaban los derechos de propiedad. Las tres defendían, en contra del *laissez-faire*, la opinión de que los asuntos económicos y sociales necesitaban una organización colectiva de carácter positivo para fomentar el bienestar, y que esta organización habría de basarse, en cierto modo, en un principio de cooperación y no de competencia. En 1839, el economista Jérôme Blanqui, en su precursora *History of Political Economy*, los denominaba a todos "socialistas utópicos", nombre que había de quedar permanentemente unido a ellos por haberlo adoptado Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*.

Así pues, socialismo, tal como la palabra se empleó primero, significaba ordenación colectiva de los asuntos humanos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin, y haciendo resaltar no la "política", sino la producción y la distribución de la riqueza y la intensificación de los influjos "socializantes" en la educación de los ciudadanos a lo largo de toda su vida mediante formas cooperativas de conducta, en contra de las de competencia, y mediante actitudes y creencias sociales. De aquí se sigue que todos los "socialistas" estaban profundamente interesados en la educación, y consideraban una buena educación social como un fundamental "derecho del hombre".

Adviértase que en esta definición de las características comunes de la doctrina "socialista" primitiva no se habla para nada del pro-

letariado o de una lucha de clases entre éste y la clase capitalista o patronal. No se hace referencia alguna a estos conceptos porque, salvo muy secundariamente, apenas tiene cabida entre las ideas de estas escuelas socialistas, aunque, por supuesto, fueran preponderantes en el movimiento de Babeuf, y pronto volverían a serlo en las luchas sociales de las décadas de 1830 y de 1840. Ni Saint-Simon, ni Fourier, ni Robert Owen pensaron para nada en una lucha de clases entre capitalistas y trabajadores como clases económicas rivales, ni creyeron que realizar sus proyectos implicaba una gran batalla entre el proletariado y la burguesía. Todos coincidían, en que, tal como las cosas estaban, los trabajadores eran víctimas de una explotación: todos se presentaban como defensores de los derechos de la que Saint-Simon llamó "la classe la plus nombreuse et la plus pauvre"; todos atacaron la indebida desigualdad de la propiedad y de los ingresos, y exigían la regulación y limitación de los derechos de propiedad. Pero más bien pensaban que los abusos del sistema de propiedad nacían de las exigencias excesivas de *les oisifs* —los ociosos— (otra expresión de Saint-Simon) y no de la explotación del obrero por su patrono, lo cual más tarde consideraron, en general, como una consecuencia secundaria del sistema de privilegios oligárquicos. Ni ha de olvidarse que "la clase más numerosa y más pobre" todavía la formaban, en todas las naciones, principalmente campesinos y no obreros industriales. Saint-Simon esperaba que *les industriels*, tanto los patronos como los obreros, se unieran en la lucha contra las antiguas clases privilegiadas y los Estados antiguos que mantenían el poder de que disfrutaban. Deseaba que los hombres fuesen retribuidos estrictamente de acuerdo con sus verdaderos servicios, doctrina de la cual sus partidarios sacaron la deducción lógica de que la herencia debía ser suprimida. Estaba completamente dispuesto a que *les grands industriels* obtuviesen grandes ingresos en pago de grandes servicios al público. Fourier deseaba limitar la participación de los capitalistas y de los gerentes a una proporción determinada del producto total, y también a establecer un impuesto progresivo sobre los ingresos debidos a la propiedad, pero no trataba de suprimir los derechos de propiedad o de imponer igualdad en los ingresos. Owen quería que el capital recibiese sólo un dividendo fijo o máximo, y que todas esas ganancias excedentes se dedicasen al desarrollo de los servicios sociales, en beneficio general. Y también creía que, con el tiempo, a medida que las instituciones de la nueva sociedad se desarrollasen, el deseo de ser más ricos que los demás desaparecería y que los dueños del capital re-

abandonarían voluntariamente a su parte. Ni él ni Fourier, coincidiendo en esto con Saint-Simon, concebían sus planes como invocación a una lucha de masas entre la clase patronal y la obrera.

Así sucedió que Fourier, día tras día y año tras año, esperó en vano a que los capitalistas que estuviesen dispuestos a financiar las comunidades propuestas por él respondiesen a sus demandas; mientras Owen gastó su dinero y el de sus amigos en sus "aldeas cooperativas" y anduvo siempre en busca de hombres ricos capaces de comprender la belleza de sus ideas. Saint-Simon también soñaba en ricos que le ayudasen; y sus sucesores a veces los encontraron. En realidad, su discípulo más conocido, Enfantin, llegó a ser director de un ferrocarril, y otros saint-simonianos, como los hermanos Peire, representaron papeles principales en el mundo financiero. El socialismo, en sus primeros tiempos, y tal como entonces se entendía esta palabra, desde luego no fue una doctrina de lucha de clases entre el *capital* y el *trabajo*.

La doctrina de la lucha de clases, sin embargo, no sólo existió mucho antes de que se emplease la palabra "socialista", sino que tuvo sus escuelas doctrinales propias y variantes de opinión, que fueron consideradas como distintas de las del "socialismo". Los principales exponentes de la lucha de clases en las décadas de 1820 y 1830 fueron aquellos que, en la extrema izquierda del radicalismo, volvían la vista atrás buscando inspiración en Gracchus Babeuf y en la *Conspiración de los Iguales* (Conspiration des Égaux) de 1796. Las palabras *babouvisme* y *babouviste* fueron de uso frecuente en Francia, especialmente después de la revolución de 1830; y la palabra *prolétarien* estaba especialmente asociada con la tradición *babouviste*. Los partidarios de Babeuf, como los owenianos, los fourieristas y los saint-simonianos, hacían resaltar la "cuestión social", y a veces se mezclaban estos grupos bajo el nombre general de "socialistas". Pero hasta mucho después de 1830 era más frecuente establecer una diferencia, sobre todo a causa de que, mientras los saint-simonianos y los fourieristas eran grupos organizados y reconocidos (como lo eran los owenianos en la Gran Bretaña), el *babouvisme* era una tendencia más bien que una secta, y sus exponentes se hallaban entre los miembros de sociedades y clubes democráticos y revolucionarios que públicamente no hacían profesión de él, como una doctrina, sino que lo consideraban más bien como una expresión importante de la izquierda jacobina y como un primer intento de llevar la revolución de 1789 hasta su última conclusión lógica. "Comunismo" fue otra palabra que empezó a usarse en Francia

durante la fermentación social que siguió a la revolución de 1830. No es posible decir exactamente cómo y cuándo surgió; pero la advertimos por primera vez en relación con alguna de las sociedades revolucionarias secretas de París durante la década del 30 y sabemos que se hizo de uso corriente hacia 1840 principalmente para designar las teorías de Étienne Cabet. Tal como la usaban los franceses, evocaba la idea de la *commune*, como la unidad básica de la vecindad y el gobierno autónomo, e indicaba una forma de organización social basada en una federación de "comunidades libres". Pero al mismo tiempo sugería la noción de *communauté*, la de tener cosas en común y de propiedad común; bajo este aspecto fue desarrollada por Cabet y sus partidarios, mientras que el otro aspecto la relacionaba más bien con los clubes clandestinos de extrema izquierda y, a través de ellos, con los de revolucionarios exiliados, por medio de los cuales pasó a ser empleada en el nombre de la Liga Comunista de 1847 y en el del *Manifiesto Comunista* de 1848. Parece ser que en la Gran Bretaña la palabra "comunista" se empleó por primera vez en 1840, importada de Francia por el oweniano John Goodwyn Barmby, en sus cartas de París publicadas en *The New Moral World*. La usaba sobre todo refiriéndose a los partidarios de Cabet, que habían sido muy influidos por el owenismo. En la década de 1840 se la empleó con frecuencia en relación con "socialismo", pero generalmente como distinta de éste, y con significación algo más militante. Fue deliberadamente elegida por el grupo para el cual Marx y Engels prepararon el *Manifiesto Comunista*, porque implicaba más que la palabra "socialista" la idea de lucha revolucionaria y tenía al mismo tiempo una conexión más clara con la idea de propiedad y goce comunes. Era, según ha explicado Engels, menos "utópica": se prestaba mejor a ser asociada con la idea de la lucha de clases y con la concepción materialista de la historia.

Hasta ahora, hemos hablado de palabras y de ideas y escuelas de pensamiento y acción a las que designaron cuando fueron empleadas por primera vez. Pero, por supuesto, muchas de las ideas habían existido mucho antes de que esas escuelas naciesen. No había nada nuevo en acentuar las exigencias de la sociedad en contra del individuo; tampoco en denunciar las desigualdades sociales o en acusar a los ricos de explotar a los pobres, ni en afirmar la necesidad de una educación de todos los ciudadanos en los principios de la moralidad social o en proponer la comunidad de bienes. Desde luego, tampoco había novedad en escribir utopías sociales, o en reclamar para todos los hombres tanto derechos económicos como civi-

les y políticos. Por consiguiente es muy natural que las palabras que se emplearon para designar a fourieristas, saint-simonianos, owenianos, icarianos (partidarios de Cabet) y las demás sectas de principios del siglo XIX se aplicasen antes de mucho tiempo a pensadores y proyectistas cuyas ideas, en cierto modo, parecían análogas a las de aquellos. Las etiquetas de "socialista", "comunista" y más tarde "anarquista" vinieron a emplearse con referencia a toda clase de doctrinas periclitadas que daban especial importancia a la vida en común, a la propiedad colectiva, a la educación en la moralidad social o a la planificación social colectiva y al control del medio ambiente cuyos hábitos e instituciones moldeaban la vida humana.

En Francia, donde se originó gran parte de la teoría socialista, el pensamiento de los hombres se volvió naturalmente en primer lugar a todos los precursores inmediatos de Saint-Simon y de Fourier, a aquellos que, como los filósofos de la Ilustración del siglo XVIII, habían escrito, a menudo en forma de utopías, las críticas más mordaces de la sociedad coetánea. Hallaron anticipaciones de socialismo y de comunismo en las obras de Morelly (*Côde de la Nature*, 1755, alguna vez atribuido a Diderot), del abate Bonnot de Mably (*Entretiens de Phocion sur les rapports de la moral avec la politique*, 1763, y otras obras), y, antes aún, en el *Testament* del cura Meslier (muerto hacia 1730), que entonces sólo se conocía en una versión incompleta publicada por Voltaire. Encontraron elementos de la doctrina socialista en el *Discours sur l'origine de l'inégalité* (1755) de Rousseau, con su apasionada denuncia de los peligros que nacen de la propiedad privada, e incluso en el estatismo del *Contrato social* (1762). Volvieron su atención a la defensa de la educación hecha por Condorcet considerándola como un derecho humano, y también a su profético *Esquisse* del progreso del espíritu humano.*

Esta vuelta hacia el siglo XVIII necesariamente les llevó a mirar aún más atrás. Mably había construido conscientemente sobre la República de Platón; y él, Rousseau, y otros muchos habían vuelto a las explicaciones de Plutarco sobre la constitución de la antigua Esparta. A través de estos intermediarios, la genealogía de Socialismo y del Comunismo fue rastreada hasta el mundo clásico; mientras que otros redescubrían la Revuelta de los campesinos de 1381, u otras insurrecciones campesinas, o daban gran importancia al "Comunismo" de la iglesia cristiana primitiva y a los elementos comunistas en la vida monástica de la Edad Media. Por otra parte, otros buscaban el Socialismo en la *Utopía* (1516) de Moro, la

Ciudad del Sol (1623) de Campanella y otros escritos del Renacimiento. En la Gran Bretaña, Robert Owen vio atraída su atención por Francis Place hacia el tratado de finales del siglo XVII sobre *Colledges of Industry*, del cuáquero John Bellers, donde Owen encontró una anticipación de algunas de sus propias ideas acerca de los problemas de la pobreza y el desempleo; y no fue necesario un largo recorrido de Bellers a Peter Chamberlen, o a los grupos más radicales entre los puritanos de la Guerra Civil y de los períodos de Commonwealth —los Niveladores y Cultivadores—, aunque esta búsqueda no fue muy desarrollada hasta mucho después.¹ Los Anabaptistas de Münster también fueron declarados, por amigos y enemigos, contribuyentes a la genealogía de las doctrinas socialistas y comunistas.

En este volumen, no me propongo tratar de la historia de estas anticipaciones, reales o imaginarias, de los movimientos socialistas y comunistas del siglo XIX. Las hago a un lado, no porque no tengan importancia, sino porque caen fuera del tema que en este momento me dispongo a tratar. De todos modos, me propongo remontarme a una fecha anterior en unos cuarenta años a la época en que los términos "socialismo" y "socialista" se hicieron de uso corriente, porque la historia de los movimientos del período anterior a las guerras napoleónicas no puede entenderse del todo sin considerar la gran Revolución Francesa y los cambios políticos, económicos y sociales causados por ella. Es ya un lugar común decir que desde 1789 en adelante Europa sufrió tres clases de cambios revolucionarios: el *político y social*, simbolizado por los acontecimientos de Francia y su repercusión en otros países; el *industrial*, señalado por la introducción de la máquina de vapor y la aplicación difundida de técnicas científicas a la fabricación y a la ingeniería civil y mecánica, y el *agrario*, que aplicó grandes cambios en los métodos de cultivo de la tierra, en la crianza del ganado y en el carácter de la vida rural. Claro que estas tres revoluciones enlazadas no empezaron todas en 1789. La revolución industrial y la agraria no pueden ser referidas a un solo año o a un solo acontecimiento: la máquina de vapor, tal como Watt la dejó, fue el resultado de una larga serie de inventos y mejoras, y la nueva agricultura se desarrolló gradualmente, sin ningún acontecimiento que señale su comienzo. Sólo de la revolución política puede decirse en qué año

¹ El renacimiento del interés por la *Law of Freedom* (1652), de Gerard Winstanley, con sus notables anticipaciones de ideas socialistas modernas y su advocación en favor del comunismo agrario, es bastante reciente.

determinado empezó; y su contenido social se había ido preparando mucho antes de que la caída de la Bastilla proclamase al mundo el final del antiguo régimen.

Por consiguiente, 1789 no es ni puede ser un punto de partida exacto; pero en general servirá bastante bien para mi propósito, porque en este libro me ocupo sobre todo de ideas y sólo secundariamente de acontecimientos y movimientos. En el terreno de las ideas, 1789 es la línea divisoria, porque los hombres lo creyeron así, y en su mente, desde entonces, dieron a sus ideas y proyectos una forma diferente, como adelantados que se adentran por un nuevo mundo en formación.

CAPÍTULO II

LA GRAN REVOLUCIÓN FRANCESA
Y LA CONSPIRACIÓN DE GRACCHUS BABEUF

Aunque el socialismo, en un sentido, empezó mucho antes, y en otro sentido algunas décadas después de la gran Revolución Francesa, hay, como hemos visto, razones suficientes para tomar el año 1789 como punto de partida para un estudio del desarrollo de las ideas socialistas modernas. Éste es el momento desde el cual es posible seguir, no sólo un desarrollo continuo en la esfera del pensamiento, sino también una conexión creciente entre el pensamiento y los movimientos que tratan de darle expresión práctica. A los teóricos socialistas y comunistas del siglo XVIII no siguió ningún movimiento, ni siquiera en el terreno de la teoría: fueron pensadores casi aislados, que se hallaban en la periferia de un vasto movimiento intelectual con un gran contenido democrático y liberal, pero sin nada específicamente socialista en sus ideas esenciales, en todo caso, nada más que una creencia en la felicidad humana como objetivo de la política social y en la perfectibilidad humana como posible objetivo que habría de ser alcanzado por el progreso continuo de "la Ilustración" (*les lumières*). Los "socialistas" del siglo XVIII fueron, en primer lugar y sobre todo, moralistas y reformadores morales. Denunciaron con gran fervor humanitario la coexistencia de riqueza y pobreza, de lujo e indigencia, y buscaron el origen de estos males y la corrupción, que debida a ellos, conducía a malas instituciones políticas y sociales. Sostenían que los hombres eran depravados, no por una maldad natural, sino porque vivían en un medio malo que fomentaba el lujo, el orgullo y la opresión, y condenaba a la mayoría a vivir en condiciones degradantes de servidumbre y necesidad. Estos críticos sociales no eran necesariamente en modo alguno revolucionarios y rebeldes: algunos de ellos hicieron sólo modestas propuestas prácticas de cambio, y la mayor parte de ellos puso su esperanza mucho más en la educación y en el desenvolvimiento de la racionalidad que en un levantamiento de los oprimidos. Tendían o a escribir "utopías" o a construir modelos de una sociedad perfecta y reglas para su conducción; pero las utopías del siglo XVIII no eran proyectos prácticos de organización social sino sueños agradables que daban una lección de actitud

Felicidad
humana
objetivo
de la
política.

Moralistas
Reformadores
morales.